

EUSKAL ERRIA

REVISTA DECENAL BASKONGADA DEL URUGUAY



DIRECTOR Y REDACTOR:
PEDRO PARRABÈRE



Año XI.

Montevideo, ENERO 10 de 1922

N.º 388

REDACCION: SAN JOSE 1168

Nota recibida de la "Sociedad de Estudios Vascos"

EUSKO-IKASKUNTZA
SOCIEDAD DE ESTUDIOS VASCOS

Oficina:
Palacio de la Diputación de Guipúzcoa
SAN SEBASTIAN

Asmoz ta jakitez.

De manos de nuestro prestigioso compañero de Junta, D. José de Aguirre, ha recibido nuestra Sociedad su cariñosa carta tan expresiva del afecto que le merecen nuestras iniciativas en el orden de la cultura del País. Por igual conducto ha llegado a nuestras manos la interesante colección de la Revista EUSKAL ERRIA que V. impulsa desde hace muchos años como afirmación del sentir vasco que esa República Sud-americana tan unida por vínculos de todo orden a nuestro País. Es una estimable aportación para nuestra Biblioteca que le agradecemos muy sinceramente, y que hace más efectivas las relaciones que con ocasión de la proyectada misión vasca a América emprendimos anteriormente.

Reciba, entre tanto, la expresión de nuestro agradecimiento y de nuestro deseo de que su Revista alcance toda la difusión que merece y que V. para ella quiere.

Dios guarde a V. muchos años.

San Sebastián, 14 de Noviembre de 1921.

El Presidente,

JULIÁN ELORZA

El Vicesecretario,

Gregorio de Mujica.

Señor Don Pedro Parrabère, Director de EUSKAL ERRIA, Montevideo.

Una excursión por Navarra Por Francisco Grandmontagne

Párrafos de una hermosa correspondencia
publicada por La Prensa de Buenos Aires

I



Por las vertientes de los Bajos Pirineos, siguiendo las márgenes del poético Bidasoa y acompañado por el rumor sonoro de su corriente, desde su desembocadura en Fuenterrabía hasta sus puras fuentes iniciales en los montes de Otamburdí y Otsondo, me he internado en el antiguo reino, en cuyas montañas y llanuras, entre gentes de claro carácter, recia voluntad y acerado músculo, he pasado diez días que dejarán perdurable recuerdo en mi memoria.

Un fuerte automóvil me conduce. Las cuestas que ha de trepar requiere que sean muchos y bravos los caballos que botan en explosiones dentro del motor. La carretera es dura, limpia y magnífica, como todas las del país vasco; pero su trazado entre riscos y precipicios exige un « chauffeur » de buena vista y cabeza aplomada. Mis recomendaciones son incesantes, sintiendo cuán profundo es en mí el espíritu conservador. Lamentable es que uno se descalabre por el propio vértigo de la velocidad; pero lo inadmisible es ser víctima del vértigo de otro. Le hago al « chauffeur » algunas reflexiones en que le demuestro que, caso de ser víctima de su locura, bastará que me quede útil el índice, el dedo del gatillo, para acabar con su vértigo, si en el hipotético accidente saliera mejor librado que yo. Mi poca afición al automóvil dimana de la necesidad de poner estos prólogos a todas mis excursiones.

Al pasar Behobia, los primeros montículos cierran nuestra comunicación con el

tránsito de la frontera irunesa. La carretera sigue, como sobre una cornisa de pedernal, las revueltas del río, que en millares de centurias, con persistencia eterna, hendió canchales y rocas para abrirse cauce. No existe en la naturaleza ningún organismo que tenga la constante vitalidad de un río. Nada más interesante que verle vencer dificultades; busca los puntos de menor resistencia, elude unos escollos, arremete contra otros; se remansa para crear fuerza y lanzarse sobre los obstáculos que no puede evitar; halaga a los fuertes con el beso de sus ondas ligeras; se lleva por delante a los débiles; brinca, se aquieta, según las circunstancias; da rodeos, marcha de frente; nada de cóleras inútiles; nada tampoco de suavidades innecesarias. El ejemplo vivo de un río nos enseña, en fin, a luchar en la vida mucho más eficazmente que el mejor texto de filosofía.

Vamos hundidos en profundos barrancos; a uno y otro lado levántanse enhiestos cerros desnudos de vegetación; los bosques empiezan más arriba; hay en el ámbito un silencio imponente, que sólo interrumpe de trecho en trecho, el rumor del Bidasoa al saltar por encima de algún peñasco. La excelente acústica de la bóveda pétrea, repite los ecos de la corriente. Es un paisaje grave, adusto, religioso. Marchamos como colgados de una cinta; abajo, a pico, veo el hilo azul del río; arriba, peñascos inclinados sobre nosotros, que asumen formas de una estatuaria natural y formidable; colosales frailes en oración, vírgenes enormes, oradores en actitud de iluminados, algún carlista con un risco plano por boina. Un pequeño desvío del automóvil y... y ¡hasta el valle de Josafat, donde, si recobramos el mismo cuerpo que nos dejó el accidente, valdrá más renunciar a tan desdichada reintegración!

Pasamos por Endarlaza. Un rústico monumento recuerda a los veintidós carabineros fusilados por el feroz cura Santa Cruz. Sobre una gran piedra cruciforme están inscriptos los nombres de los desdichados, testimonio histórico de la barbarie de las guerras civiles. Mi sentimiento liberal y antiborbónico, en sus dos ramas, me lleva la mano al sombrero...

Cruzamos por Vera, la villa fundada hace diez siglos por Ramiro I. El Bidasoa ofrece aquí un salto que es aprovechado para producir fuerza motriz y mover los martinets de una antigua ferrería, o fábrica de hierro. Un recuerdo personal me hace contemplarla conmovido. Un obrero, emigrante francés, procedente de las fraguas de Olorón, empezó por esta ferrería a labrar hierro español. Era mi padre. Desde el automóvil veo los martinets, los hornos, el hierro rojo, las llamas y los hombres negros y sudorosos entre las chispas; y al evocar el recuerdo del emigrante barnés en la tierra de la Navarra española, atribuyo a las virtudes de fortaleza y bondad que me transmitió aquel obrero domador del hierro, las aptitudes de luchador para, emigrante como él a mi vez, lograr un puesto modesto, pero bien ganado, en las duras luchas por la doble conquista del pan del estómago y del pan del espíritu. Querido progenitor: por aquí pasa, transido de emoción indefinible, tu descendiente, que ha cambiado las tenazas del ferrón por la pluma del escritor, acaso no menos tirana; pasa evocando tu santa memoria, y al ver a tus colegas de martirio entre el fuego de las fraguas y el hierro caldeado y rugiente ríndete, con lágrimas silenciosas, gratitud enternecida por el trabajo cruel y brutal que te costara sostener sus primeros pasos en la vida.

Vera está llena de recuerdos de las guerras fratricidas. Por aquí entró en mayo de 1872, don Carlos de Borbón, nieto de aquel otro Carlos que en la primera guerra entrara por Urdax, pueblo situado más

arriba. El segundo pretendiente procedía del Oleta (frontera francesa) y llegaba por el camino del caserío de Morkotzenborda, levantando gente adicta. Después de la derrota de Oroqueta volvió a pasar, fugitivo, por Vera, para internarse en Francia.

En los recuestos y pequeños valles tiéndense las aldeas que forman Cinco Villas, (Aranaz, Sumbilla, Lesaca, Echalar, Yanci). Constituían, en tiempos antiguos, una especie de república a quien el reino de Navarra, propenso siempre al régimen autonómico, concedía fueros y privilegios. Aun quedan en el espíritu de sus costumbres y en su organización restos de su espíritu independiente.

Y llegamos al hermosísimo valle del Baztán. Las montañas se abren aquí en un anfiteatro de bellas y florecientes praderías. Los cerros, poblados de hayas, castaños, robles, nogales, pinos, abetos, rodean el valle en cuyo fondo, junto a los regatos murmuradores, se levantan los pueblos, blancos, limpios, destacándose, aquí y allá, los «chalets» de los indianos. Se compone el valle de catorce lugares: Elizondo (la capital), Errazu, Arizcun, Azpilcueta, Elvetea, Lecároz, Garzain, Irurita, Arriayer, Oronoz, Ciga, Aniz, Berroeta y Almandoz. Todos estos pueblos pertenecen a un solo término municipal, sin deslindes entre unos y otros, regidos como una república patriarcal. Las antiguas leyes del fuero baztanés consignaban el principio de que la tierra sólo pertenece al que la cultiva. Los hijos del Baztán son todos aristócratas, tienen derecho al uso de las armas del valle, que son un tablero de ajedrez, concedido por Sancho el Fuerte. La concesión tiene este origen: al comenzar la batalla de las Navas, los soldados baztaneses fueron sorprendidos por los moros jugando a las damas; pero, rehechos, con la agilidad propia del vasco, empuñaron las armas y derrotaron al enemigo. Y entonces Sancho VIII, el Fuerte, rey de Navarra, ennobleció a todos los baztane-

ses de un solo golpe. Así, pues, cuando veáis un tambo en Cañuelas, y ordeñando a un baztanés, tened en cuenta que puede poner sobre la puerta del rancho, como se ve aquí, en las casitas de la montaña, un tablero de ajedrez, testimonio de su nobleza. El baztanés nace noble por eterno mandato de don Sancho. Baztán es palabra vascuence, «bat-an», en su primitiva forma, que viene a significar «todos una calidad», nombre que tomó el valle después de la batalla de las Navas. Platón, en su República, quiere que los ricos sean todos igualmente ricos, es decir, que no haya, dentro de los ricos, unos más ricos que otros. El Baztán, en punto a distinción social, ha resuelto el problema con arreglo a los principios platónicos: todos son igualmente nobles; todos tienen su tablero de ajedrez.

Lope de Vega, en su «Jerusalén Conquistada» alude a esta hidalguía general, al cantar las hazañas de los baztaneses capitaneados por don Enrique de Bazán:

Cien soldados navarros la seguían
Del Valle del Baztán, hidalgos todos,

Que por derecha línea descendían
De la primera sangre de los godos;
Caballos ferocísimos regían,
Y aunque con armas de diversos modos
Mostraban los escaques de los sayos
Que del sol de Bazán se llaman rayos.

Los escaques son las casillas del ajedrez; de manera que ya en la conquista de Tierra Santa, los baztaneses, aún siendo soldados rascos, llevaban en sus sayos el tablero, símbolo de su nobleza colectiva. Bueno es advertir todo esto a los criollos. Así, cuando por alusión a toda bulla estrepitosa, digan: «parece fonda de vascos» tendrán en cuenta que, si son baztaneses, se trata, no de plebe alegre y democrática, sino de una reunión de aristócratas que tienen derecho a llevar, estampado en el chiripá y en el mismo tarro, un tablero de ajedrez. Yo saludo en esta cuartilla, escrita en una pradera del Baztán, a la numerosa, fuerte, simpática y noble clase tamberil—noble en sus dos acepciones—que a la hora de la aurora recorre en sus pingos las calles de los pueblos pampeanos, repartiendo la nutrición matinal y algún tentón furtivo a las chinas que salen a los umbrales.

El amor a la patria

Todo afecto que une a hombres entre sí y les conduce a la virtud, es noble; sólo los cínicos, que tienen tantos sofismas contra todos los sentimientos generosos, acostumbran a rebajar el amor de la patria.

Y dicen: «Mi patria es el mundo; el rincón en que nací ningún derecho tiene a mi preferencia, puesto que no alcanza a sobrepasar a tantos otros países donde se vive bien y mejor; el amor patrio no es más que un egoísmo mancomunado en un grupo de hombres para autorizarse a odiar al resto del humano linaje».

Amigo mío, no te dejes seducir con tal filosofía, cuyo carácter es vilipendiar al

hombre, negar que en él hay alguna virtud, y llamar ilusión, o simpleza, o perversidad, a todo cuanto lo engrandece; y es arte fácil el de amontonar magníficas palabras baldonando toda buena tendencia que contribuya al bien de la sociedad.

Ciertamente, de todo el mundo podemos decir que es nuestra patria, como quiera que todos los pueblos son partes de una gran familia, la cual por su extensión no puede ser mandada por un solo gobierno. Considerar a las criaturas de nuestra especie como una sola familia sirve para hacernos benévolos hacia el linaje humano en general; pero no para destruir otras razones igualmente justas.

También es cierto que la humanidad se divide en pueblos; y que cada pueblo es una agrupación de hombres a quienes la religión, las leyes, las costumbres, una misma lengua, un origen común, idénticas glorias, unos mismos infortunios, unas mismas esperanzas, y si no todos estos elementos, algunos de ellos, por lo menos, unen con especiales vínculos de simpatía.

Llamar, por tanto, egoísmo a esta simpatía y a la unión de intereses entre los miembros de un pueblo, sería tanto como vilipendiar el amor paterno y filial, pintán-

dolo como una conjuración. Acordémonos siempre de que la verdad es múltiple y que no hay ningún buen sentimiento que deba dejarse sin cultivar. ¿Alguno de ellos, volviéndose exclusivo, puede resultar dañoso? Pues no se haga exclusivo y no hará daño. El amor al género humano es sublime, pero no debe prohibir el amor al suelo natal. Este amor es excelso, pero no debe estorbar al amor a la humanidad.

SILVIO PELLICO.

BIARRITZ * * Por Amado Nervo



¡Y cómo decir el sortilegio de esta playa en que todos los lujos, todas las elegancias, todos los refinamientos forman contraste con un mar bravío, áspero, frecuentemente airado, que se debate espumarejeando entre los dientes implacables de las rocas!

¡Y cómo expresar la molicie que se apodera de nosotros en las dulces noches de estío: cuando el gran faro intermitente barre las ondas con sus dos vivos haces de impalpable luz, que parecen antenas de un gran monstruo misterioso; cuando el inmenso y perennemente palpitante organismo del mar sólo se adivina por las orlas de plata fosforescentes de su espuma, y por su perpétuo rumor de seda que se desgarrá!

¡Cuando arriba, en los casinos y cafés, que son como islotes de claridad, cantan las orquestas y las más deliciosas mujeres del mundo, las que anidan del 15 de Agosto al 30 de Septiembre en esos palacios que se llaman el *Regina*, el *Palais*, el *Continental*, pasan llenando el ambiente de su invencible prestigio, hecho de miradas, de perfumes y de ritmos lineales!

¡Y cómo decir la gloria de estas mañanas cálidas en que la *Grande Plage* ostenta todos los colores, y entre las vivas

salpicaduras de las graciosas tiendas de lona, los niños triscan y las bellas mujeres muellemente sueñan, mientras en las galerías umbrosas del casino municipal los húngaros dejan fluir de sus arcos el último vals... uno de esos vales hechos más de voluptuosidad que de notas, de indolente voluptuosidad que parece ondular por el aire como una sutil culebra!

¡Y quién pudiera contar de los días de tormenta, en que la ola rabiosa brinca por encima de las rocas, en que un omnipotente huracán ruge y silba, y en que, bien impermeabilizado, desde el *rocher de la Vierge*, vemos al titán convulso, llegar a todos los paroxismos!

¡Oh! los rizos impregnados de sal de las rubias mujeres, los rizos que escapan de las sienes y de la nuca a la sujeción de la gorra inglesa; los rizos que se agitan como espirales de oro, mientras los claros ojos, hermanos del piélago, entre curiosos y asustados, miran las demasías de la onda...

¡Y quién pudiera, en fin, pintar el mareaje de estas arquitecturas suntuosas y de estos jardines, y de estas terrazas, en el gran anfiteatro que se yergue, todo él lleno de improvisas escaleras, de rentes recodos, de apacibles rincones, de aveni-

das en que la arena cruge bajo los pies pequeños y ágiles de las parisienses y las españolas!

¡Oh Biarritz, Biarritz, flor y milagro de la costa de plata, surgida del capricho imperioso de la más bella de las soberanas, ten-

tación de reyes, capua de millonarios y a la vez nido de paz, de libertad y de amor!

Oh Biarritz, ¡que no tuviera yo veinte años, veinte ensueños y veinte deseos... y veinte millones de francos!

Pueblos baskos * SAINT PALAIS (Norte del Pirineo)

Según la actual división oficial, es Saint-Palais, llamado también Don Aphaleu, cantón del distrito de Mauleón, constituido por 29 municipios y un total de 12.700 habitantes. Pero en la antigua división histórica no pertenecían al Estado de Benabarre más que 23 municipios, con un total de 9.979 habitantes, y los otros seis municipios corresponden a Zuberoa.

Saint-Palais, hállase emplazado a 22 kilómetros de distancia de Mauleón con estación de ferrocarril a 790 kilómetros de París, tiene 1856 habitantes. Celebra mercado quincenal los viérnes; ferias el lunes de Pascua y los días 26 y 27 de diciembre; fiesta patronal el 22 de julio o el domingo siguiente.

Hay fábricas de chocolate, electricidad, coronas y otras pequeñas industrias.

En su término se encuentran los castillos Aicirits, Aberats, Arbouet, Berri e Iliorrotz.

ORDUÑA (Bizkaya)

Ciudad con ayuntamiento, al que están

agregadas las aldeas de Belandía, Lendoño de Abajo y Mendelka y los barrios de Arteaga. Las Casas Blancas o San Juan del Monte, Poza, Ripa, Ugarte y Zedelika, con una población total de 3.359 habitantes. Situada en terreno enclavado en la parte occidental de la provincia de Alaba, en los confines de la de Burgos y al E. de la Sierra Salvada, en la vertiente de la Peña de su nombre y en el punto en que empieza hermosa y feraz llanura, en el ferrocarril de Miranda de Ebro a Bilbao, con estación intermediaria entre Lezama y Amurrio. Aquí la vía férrea describe grandes curvas y parece que retrocede para contornear la famosa Peña de Orduña, constituida por imponentes masas de roca. En el fondo del caprichoso circo que las montañas forman, se ve la pintoresca Dejika, rodeada de bosquecillos. Por su viaducto de 50 m. de largo y 18 de alto se salva el Nervión.

Arquitectura vasca

Resurge la arquitectura vasca con personalidad, con estilo, con espíritu propio, como ha resurgido la arquitectura andaluza en las manos de los prodigiosos alarifes hispalenses. En toda España adviértese idéntica evocación de los caracteres tradicionales de cada región; de la gracia peculiar de cada terruño. Dijérase que en el nuevo Renacimiento español van los ar-

quitectos caminando en las avanzadas. Acaso ellos advirtieron antes que los cultivadores de otras artes y otras labores intelectuales, como en el siglo XIX, en su afán de europeizarse y hacer ganar a España el tiempo que había perdido en las turbulencias pasadas, había destruido borrado y ahuyentado todo lo genuino y característico, donde los abuelos habían

creído perpetuar el genio de la raza, y donde las mudanzas de la Historia habían do dejando su huella.

Las guerras de la independencia y civiles; la embriaguez democrática y el crecimiento de la general incultura; la codicia extranjera, que daba su oro por nuestras cosas vetustas, y otras causas hicieron de España un erial; los castillitos de la Edad Media se trocaron en ruínas; de la obra árabe apenas quedaron los fragmentos de Granada, Córdoba y Sevilla, y sólo al amparo de la fe se salvaron algunos tesoros en conventos y catedrales. Sobre aquel desdén de la bella obra española, el siglo XVIII puso su sequedad que quería ser clásica y académica, y el XIX su horrenda manía de imitar, copiar y traducir todos los livianos modernismos.

He aquí que el Renacimiento español ha comenzado. Nuestra generación ha sabido romper el sortilegio que embrujaba a los artistas españoles y ha visto que, bajo el cielo español, con la luz de nuestro sol y el temple de nuestra gente, nada puede ser más bello que aquello mismo que hacían nuestros abuelos, en una depuración acabadísima del pensamiento propio, del espíritu étnico, a través de las generaciones que habían laborado una civilización genuina y que la habían extendido por el mundo entero.

Ejemplo encantador de ello es la obra graciosa, inspirada como una antología de rimas castizas, que ha realizado un arquitecto vasco, Pedro Guimón. Pensionado por la diputación de Vizcaya. Después de salir de la escuela de Arquitectura, había recorrido medio mundo, contemplando los viejos monumentos y los modernos armatostes, que secos como los rascacielos yanquis o llenos de figurones, agujas, calceles y ringorangos, hacen desatinadamente, en busca de originalidades y noyoserías, los arquitectos que enloquecen por esas tierras de Dios. Volvió cansado y fatigado. Buscando reopso se refugió en Ondarroa, su

villa materna, y advirtió que allí le aguardaba, como la nota dormida en las cuerdas del arpa de Bécquer, la verdadera belleza, la que habían de amar y admirar sus hermanos, sencilla como un cantar de Trueba, augusta como una montaña de las cercanías, clara y luminosa, fuerte y viril, y amiga nuestra, saciadora de nuestra necesidad, acomodada dócilmente a nuestras costumbres, tal como si las piedras que formaran cada hogar fuesen carne de nuestra carne, id-as de nuestro cerebro y pasiones de nuestro corazón.

Ya orientado Pedro Guimón, recorrió todos los rincones de Vizcaya; las villas indómitas de la orilla cantábrica; los caseríos colgados, como nidos de águilas en los picachos de las montañas; las ruinas señoriales y las ermitas de traza romántica o bizantina. Y con su álbum de apuntes, donde el genio vasco resucitaba, Pedro Guimón soñó en este renacimiento de una arquitectura regional, que viene a continuar y completar la que ya existe en Andalucía y en Cataluña. Así quiso hacer su propio hogar.

Sobre un peñascal de Algorta, en la orilla del mar, planteó su «Raloavia», su «Nido de gaviotas» traduciéndolo del vascuence. Sin duda en aquel lugar, en aquella avanzada, debió de haber, hace siglos un castillo almenado, en cuya terraza los centinelas vigilaran la extensión del mar; pero la verdad es que sabe Dios en qué gloriosas contiendas de vascos con normandos o ibernezes, o en qué vulgar derribo, no había quedado del tal castillo, piedra sobre piedra. No se arredró Guimón por ello.

Comenzó por hacer unas ruinas restauradas. Ciertamente que esto es una simulación; pero el arquitecto, que en esta parte de su obra ha llegado a tocar las lindes de la autenticidad, no tiene la culpa de que bestiales invasores o bestiales indígenas destruyeran antaño los bellos castillos que necesitamos hoy.

Junto a la tosca y bravía fortaleza, en garzada en sus mismos muros, y recostándose en ellos, ha construido el arquitecto la casa señorial vasca. Si ahora regresase Juan Sebastián Elcano, desde las islas de la Sonda, la reconocería al cabo de cuatro siglos. Recia de muros, para defenderse de la humedad; bien abrigada de tejados; amplia en pórticos, galerías y ventanales para dar entrada a la salud del aire y a alegría de la luz; rodeada de árboles, festoneada de enredaderas, tiene la severidad y la gravedad y el espíritu práctico conjuntamente con el gracejo retozón y burlesco del pueblo vasco.

Claro es que Guzmán ha hecho de su «Nido de gaviotas» una morada de artista, donde cuadros y esculturas, muebles y herrajes, tapices y azulejería y cerámica hermanan con el carácter del edificio; pero aunque así no fuese, aunque no se hubiese llegado a tales refinamientos, como el de colocar sobre el altar de la austera capilla, cuyos muros parecen del siglo XII,

una imagen de la virgen, tallada por el tosco cincel bizantino, como las que había en unas viejas ermitas, bastaría la traza del edificio y su infinita gracia exterior para que a su lado parecieran desgarrados y feos los palacetes y hoteles con que los ricos vizcaínos se han instalado en las playas y florestas vascas, como si lo hubiesen estado en Arcachón, en Ostende o en Vlissingen.

Precisamente en esta edad nuestra, en que la avalancha internacionalista quiere engendrar un mundo nuevo, los artistas deben afirmar con sus obras la personalidad de cada pueblo, que es algo inmortal más recio que las veleidades humanas. Que los políticos concierten nuevos regímenes y nuevas economías; que no haya castas ni fronteras; pero que cada artista nos ofrezca la emoción de su arte personal, y que cada estirpe humana se nos muestre con la originalidad de su propio pensamiento.

AMADEO DE CASTRO.

ARTE VASCO * El P. José Antonio de Donostia

RECUERDO DE UNA TARDE...

I

La cariñosa complacencia de un amigo muy artista, muy vasco, me ha hecho conocerle...

Un día, hace un año vile, casualmente, apearse de un tren. Era en mi pueblo, mi rincón amado.

No le esperaba nadie, por aquel lado del andén, al menos. Y frente a frente me encontré con un religioso capuchino, joven, muy joven, de cara aniñada, con suave bozo áureo sobre el labio, los ojos azules, tristes, pesquisidores... Parecía buscar a alguien...

Como no era a mí, que no sabía nada del frailecico, borróseme pronto la visión del viajero con sus ojos indagadores, su

cabeza descubierta y su tosco hábito pardo obscuro con albo cordón como cíngulo, el capuchón moviéndose...

Casualmente, también, hablaba yo de cosas de música, no mucho después, con el amigo cariñoso y artista

—¿Si usted viera...? ¿Usted no sabe de la labor que realiza el P. José Antonio?

Yo lo ignoraba todo.

—Si algún día viene por aquí ya le oirá usted...

Y vino...; un día...; hace muy pocos...

El amigo cariñoso, vasco de alma, había me iniciado, y tampoco apostó, en el trabajo que el capuchino realiza tenazmen-

te, fervorosamente.

Ello era un prelude vasco de aquél, una pieza que admirablemente ejecutó al piano mi amigo.

—Pero eso... ¡si parece de Schumann, o algo así...!

—Pues es vasco...—dijo mi amigo, riéndole los ojos con alborozo de patria alegría...—Vasco, y muy vasco... Y ¡si se lo oyese usted a su autor!...

Ya he tenido la ventura de oírle, gracias a amistosísimas deferencias.

El Padre José Antonio, de Donostia, es muy joven; representa aún menos edad de la que tiene; veintinueve años...; la hermosa cumbre llena de sol desde donde aún se reta a la vida que por abajo corre tumultuosa y bullente. El áureo atrio del vivir, magnífico y esplendoroso...

Desde los diez años pertenece a su Orden; tuvo un maestro de música muy poco tiempo...; lo demás lo ha hecho él solo.

Y lo demás es muy grande. Tan grande que debe decirse, proclamarse, porque sobre ser el P. José Antonio una personalidad simpática, atrayente, de un valor real y nada oropelesco, por constituir ya una gloria de Euzkadi, no debe permanecer oculto e ignorado.

Aunque la humildad, tampoco fingida, del Padre Donostia guste mucho del supuesto escondido, del manso reposo en la paz santa de su monasterio del sosiego callado.

—A mí —y decíalo sin alarde de afectación— me espanta el público, me asusta... Encántame, en cambio, esta intimidad de amigos que entienden, que oyen, que comentan lo que hago...

Y sus ojos tristes perdíanse en el piano, reidor con sus dientes de blancas teclas; reidor con brindis de fama y triunfo al joven maestro...

Y aunque a él no le plazca, hay que decirlo. Se lo debemos a sus méritos; al

nombre de nuestra raza y de nuestro pueblo; se lo debemos al arte vasco; a la corriente arrollante y renacedora, a la cual da impulso callandero, silencioso, el Padre Donostia.

¿Qué hace él?... El Padre José Antonio es, sin hipérbole, un grande, un eminentísimo artista...

No hay más que verle. Dícenlo esos ojos soñadores, con ensoñación en lo alto, en el azul sin límites; el alma que duerme en ellos, más angustiada por el sentimiento que abriéndose a las cosas del mundo; la unción con que se entrega a lo que dice, a lo que cuenta a ese su amigo el piano, para que él lo trasmita delicado o violento, exquisito o enérgico...; el sonreír inconsciente que se dibuja en sus labios cuando entrégase con el corazón enervado de arte y de amor a él, a lo que expresa, a lo que cantiquea tocando, a lo que habla con los dedos, a impulsos movidos por el espíritu que ríe, que llora, que sufre, que se alegra, que tortúrase, que ama...

¡Si que es un artista el Padre José Antonio!... Sin exageración lo digo. Y lo es sin *postín* o estudio para simularlo, sin afectaciones frías, sin ridículas posturas o posiciones (*poses?*) de similor.

Lo es... porque no puede dejar de serlo. En serio revélase su esencia, su configuración espiritual, si vale la plasticidad de la frase, su alma toda.

—¡Hay que oírle!... ¡Tenía razón que le sobraba mi amigo cariñoso! Hay que oírle. Sobre un mecanismo pianístico grande, portentoso, flotan en el Padre José Antonio, y más vale, en él, la delicadeza, el gusto exquisito, la energía y el vigor, si el pasaje musical los pide, la suavidad, la dulzura de la dicción, el arte de encantamiento que de sus manos brota, las emociones que sabe evocar...

Un poco cursi va a parecer lo que se me ocurría oyéndole, viéndole... Pero se me

figuraba así como un Fra Angélico de la música, en los pasajes de blanda suavidad, sobre todo, al perderse con los ojos anihados y profundos, dulces, en las honduras de la inspiración que del alma brota; apoyándose en el pedal celeste con la tosca alpargata negra; dejando a los dedos volanderos posarse apenas sobre el teclado; padeciendo la tristura dulce del arte, el deleite doloroso que da, y que, sin quererlo el buen Capuchino, traducíase allá sobre el corazón, en el pecho agitado levemente tras la cobertura parda del sayal franciscano...

Sí que era una visión; no la olvidaré nunca.

Ni el brío con que ataca los fuertes; el aire indomable de la raza que le vence en los pasajes de bravia entereza y al que arrollador deja correr; la angélica suavidad de los pianísimos perdiéndose en el espacio como una volada queda de un pájaro que va a dormirse con la tarde que muere; que el abrirse a la luz de un místico ensueño; lo mismo que la hoja seca que cae, o el alma blanca de un niño que asciende a la gloria aleteando, aleteando casi sin ruido...

..

¡Un pianista más! No; a mí el P. José Antonio me produjo una impresión muy honda por su artística labor en el piano. Pero no es eso lo más que luce en él...; no, no es eso. Y eso ya es mucho.

Lo que el buen religioso sabe, lo que siente, lo que encierra en su alma como tesoro sagrado, el soplo espiritual que hácele vivir, vivir la vida del arte, llévalo a la obra inspiradora, a la composición.

¡Y qué tarea, la suya, en tal sentido!

Yo no sé todo lo que ya ha hecho; supongo lo que hará para gloria de él y nuestra... Su humildad no le deja decir cuanto quiere.

Sueña con un oratorio vasco...; le encanta otra mística ensoñación del P. Ver-

daguer un idilio tierno—de los que él supo tejer con hilo de oro—cantando al Niño Jesús; se lamenta de no disponer de *lieds* poéticos donde engarzar notas musicales; trabaja en una ópera urdida por el ilustre Campión sobre un suceso histórico vasco; llora que no brote de nuestro suelo un poeta como el autor grandioso de *La Atlántida*...

Seguramente que él ha compuesto muchas, muchas cosas... De fijo que de ambiente y sabor religioso, de carácter popular y siempre con el matiz vasco caracterizadas.

Más, entre tanto, realiza una labor titánica en que se le asocia algún otro vasco insigne.

Recoge, con el fervor devoto de un extático, con la actividad ardiente de un misionero, con el egoísmo—¡perdón por la frase!—de un buscador de pepitas de oro o de piedras de brillante, temas, melodías, canciones, aires populares vascos.

¡Y con qué fe!...

Como si fuesen joyas va tras ellos. Joyas son, y de magnífica valía, esas cosas que canta la hilandera ante el huso volteador; y la madre que aduerme a su hijo meciendo la cuna; y la copla que dicen los mozos a la novia; y la tocata milenaria en los cortejos nupciales o en el abrirse del baile; y el rezo de amor salido de la amada que llora al ausente; y la canción báquica de los borrachos en la taberna; y la energía del *motil* que recuerda cariños que se fueron...

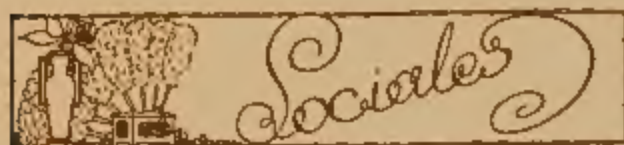
Abundante nuestra tierra en esas melodías volanderas que se cantan en la romería y en el herbazal campestre; en el pórtico del templo y en la moceril ronda; en los menesteres caseros y al amor de la lumbre invernal, el P. José Antonio lo ha comprendido así con admirable intuición, y a explotar el rico venero se ha dedicado ardorosamente, a la busca de la fulgente pedrería que yace en ignorados escondrijos, a recoger esos aires musicales de exquisita

fragancia y maravillosas de inspiración joven y fresca.

¡Con lo viejos que son!... Tan viejos, que, casi siempre, sólo los muy ancianos, los recuerdan, por aprenderlos en la niñez, y a la suya venidos por la cadena tradicional de generaciones y generaciones; tan antiguos que muchos se han perdido ya y otros están a punto de perderse.

—¡Qué lástima!—medio plañía el capuchino.—¡Y pensar que subsistirían casi todos si una mano benéfica regalara a un mozo de una aldea, de un lugar, un *txistu*, sólo un *txistu*, para que en él module esas melodías que aprendió de sus padres, de sus abuelos...; para que no las olvide y perduren siempre aquí con su inconfundible aroma de la tierra. Y ya ven ustedes, un *txistu* sólo cuesta quince pesetas...; con unos cuantos duros...!

Los ojos azules y profundizadores de lo azul se perdían en lo alto; un poco obscurcido ya por el crepúsculo que empezaba a tenderse en la habitación donde estábamos...



Nuestro sentido pésame

El 2 del corriente, nuestro buen amigo y ejemplar consocio D. Domingo Duvigneau, uno de los elementos laboriosos con que cuenta la colectividad vascongada, recibió un telegrama de Francia, con fecha 27 de Diciembre, anunciándole el fallecimiento de su señora madre, mujer superior que, en su tránsito por la vida, fué ejemplo acabado de virtudes.

La señora madre del señor Duvigneau muere a edad avanzada, después de haber formado un hogar prestigioso cuyos miembros siguen las enseñanzas que recibieron en la infancia, junto al regazo materno.

En estos momentos de dolor para el hogar del señor Duvigneau, la Revista EUSKAL ERRIA, que tantas atenciones le debe, le presenta sus sentidas condolencias, como también en nombre de las distintas Comisiones, a las cuales el señor Duvigneau se encuentra tan vinculado.

† D. Domingo Amestoy

Tras una vida colmada de merecimientos, en el silencio de su hogar, ha fallecido el apreciado anciano D. Domingo Amestoy. De una voluntad férrea, el trabajo fué su aspiración, con el que se sintió feliz.

Ha muerto rodeado del cariño y del respeto de sus numerosas amistades.

Con este motivo, acompañamos a sus deudos en momentos de tan dura prueba.

† D. Luis Restelli

Muy sentido ha sido el fallecimiento del señor D. Luis Restelli, tan vinculado a los círculos comerciales de nuestra plaza.

Era todo un caballero.

El sepelio de sus restos se vió muy concurrido. Nuestro pésame a sus deudos.

Dña. Manuela E. de Garayalde

Con éxito satisfactorio ha sido operada en el Sanatorio de los doctores Lengua y Veiga la meritoria anciana doña Manuela E. de Garayalde, madre de nuestros consocios los hermanos Garayalde. Mientras permaneció en el Sanatorio fué muy visitada. Formulamos nuestros votos por su restablecimiento.

D. Florencio Erreguerena

Ha sido operado en el Sanatorio Español nuestro particular amigo el joven Tito Erreguerena. Su estado es altamente satisfactorio, de lo que nos alegramos sinceramente.

Exámenes

La inteligente señorita Beatriz Rodríguez Rebollo, acaba de rendir examen de 9.º año de piano, en el Conservatorio Musical «Montevideo», teniendo como profesora a la señorita Ida Bacigalupe. Se trata de una discípula aventajada que, el año entrante, terminará su carrera. A las múltiples felicitaciones recibidas por la señorita Rodríguez Rebollo, añadimos las nuestras.

In memoriam

En la Iglesia del Perpetuo Socorro, el 17 del corriente a las 8 y 30, se cantará un funeral en memoria de la señora María Magdalena Iraur de Olhagaray, para el cual invitan sus deudos.

Cambio de residencia

Nuestro consocio el señor D. Esteban Salaberry, su esposa doña Emilia L. de Salaberry y familia, han fijado su residencia en la calle Agra-ciada N.º 273, entre Venezuela y Madrid.

—La familia del ex Presidente de «Euskal Erria» señor D. Nicolás Inciarte, ha trasladado su resi-

dencia mientras dure la temporada de verano, a su hermanita quinta del Paso del Molino, situada en la calle Mariano Sagasta esquina Santa Lucía.

Bodas

Para el 16 del corriente se verificará el enlace de la señorita Julia Isabel Bereteryide con el señor Miguel Estable.

Con este motivo se efectuará una interesante reunión.

Enfermos

Se encuentra casi restablecida la señora María P. de Mendiola.

—Muy mejorada de sus dolencias la señora Jesusa P. de Galarraga.

—Bastante mejorado ha regresado de campaña, donde pasó una temporada, el señor Francisco Donaguray en compañía de su esposa.

—Después de haber sufrido una delicada intervención quirúrgica, se encuentra totalmente restablecido el Cónsul de Bélgica D. Raymond Janssen, tan apreciado en todos los círculos. Durante su enfermedad fué muy visitado por sus amistades.

—Se encuentra en vías de restablecimiento el joven Sabino Pérez (hijo) que fué sometido a una delicada intervención quirúrgica.

—Mejorando el señor Luis Guillermo González Barbot, que ha sido operado.

Viajeros

—Brevemente partirá para el Salto la señorita Isabelita Gallina Dangays en compañía de sus tíos los esposos Gallero Gallina que acaban de regresar de Europa.

—Estuvo unos días en esta ciudad nuestro consocio el señor José María Cortabarría.

—Del interior llegó la señorita Mariola Cortabarría en compañía de uno de sus hermanos.

—Partieron para sus estancias a pasar el verano, las familias de Iizaina, Carrasco, Juanotena Sastria y Burón.

—Para Mercedes la Srta. Agustina Espala donde pasará una temporada en casa de su familia.

—Brevemente se ausentarán para su establecimiento de campo en Ribolledo el señor Pedro Juanotena con su familia.

—Después de recorrer las principales ciudades del viejo mundo, han regresado de Europa el señor Andrés Gallero con su esposa la señora María G. de Gallero. Después de permanecer unos días en nuestra capital, donde cuentan con tantos afectos, partieron para el Salto, donde residen, en compañía de su sobrina la señorita Isabelita Gallina Dangays.

—Se encuentra en Durazno el señor D. Pedro Idiarte.

Ha llegado de Buenos Aires el señor Pedro Oyhemburn.

—Brevemente partirá para Trinidad la señorita Adelita Idiarte.

—De Buenos Aires llegó el señor Juan B. Igon.
—Para San José partió el señor Eugenio J. Cazenoux.

—Se encuentra en esta capital el doctor Amadeo Landó.

—De San José ha llegado la señorita Chelita Pérez.

—Para su chalet en Carrasco, partió el señor Alfredo B. Lohigorry acompañado de su familia, donde pasará la temporada de verano.

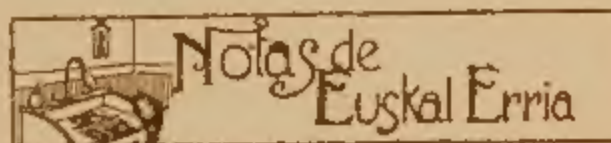
—Llegaron de Santa Clara de Olimar, donde pasaron una temporada, la señora María B. de Caillava y su señorita hija María Esther.

—Se encuentra en esta capital el joven Pedro Caillava, quien pasará este mes entre los suyos.

—Partió para la Argentina, lugar de su residencia, el señor Jacques Echevest con su joven esposa, quienes pasaron estos días de fiesta en ésta, hospedándose en casa de su señora madre, doña Ana A. de Echevest.

Agradecimiento

Los deudos de Bautista Darrieumerlou agradecen las manifestaciones de condolencia recibidas con motivo de su reciente duelo.



Consejo Directivo

ACTA N.º 385

SESIÓN DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1921

Con la presidencia del señor Matías Guimboa, y con asistencia de los miembros Eguluz, Larralde, Hermodorena, Cazenoux, Mariezcurrena, Alscar que desempeñó la Secretaría y el Director de la Revista social.

—Después de haberse leído, se aprobó el acta de la sesión anterior N.º 384.

—Aprobáronse los balances de Tesorería, Movimiento de socios y valores y Administración de la Revista social, correspondientes a Diciembre de 1921.

—Propónense como socios: Luis Drerey (hijo), Cooperador, N.º 1954, presentado por los señores V. Blasco y F. Bordach.

Juan Carlos Zerbi, Cooperador, N.º 1955, por Carlos Laborde y S. Alvarado.

—Se autorizan los pagos de la última fiesta social.

—Tratándose otros puntos, se levantó la sesión a las 11 p. m., habiendo comenzado a las 9 y 15.